

De Rio a Rio + 20: el progreso hacia la insostenibilidad visto según las grandes tradiciones espirituales

Josep Maria Mallarach

El título que me propusieron para la conferencia es provocativo, como habrán visto. Por un lado alude el progreso hacia la insostenibilidad, es decir, el retroceso que la sostenibilidad global ha sufrido en las últimas dos décadas, y por otra parte se examina este fenómeno a la luz de las grandes tradiciones espirituales de la humanidad. Dos temas de una magnitud y complejidad tales que me obligan a centrarme en los elementos claves y más relevantes para respetar el tiempo asignado.

Respecto el primer punto voy a exponer algunos aspectos de la Evaluación del Milenio (ONU, 2005) y del seguimiento realizado en PNUMA desde la primera Cumbre de la Tierra en Rio de Janeiro hasta hoy. A continuación, abordaré el origen de las tendencias exponenciales globales: centrándome en la influencia decisiva que han tenido el reduccionismo materialista, el positivismo y el relativismo. En cuanto al segundo punto, apuntaré algunos aspectos esenciales de la enseñanza de las grandes tradiciones espirituales de la humanidad respecto a la Naturaleza, dedicando algo más de atención a la perspectiva cristiana e islámica, por el hecho de ser las dos religiones más influyentes en nuestros días, a las que se vincula más de la mitad de la humanidad, y que están creciendo globalmente, tanto en términos relativos como absolutos.

La crisis ecológica global

Los conceptos de crisis ecológica, o de crisis ambiental global, o incluso crisis sistémica, tildados de exageración hace pocas décadas, han pasado a formar parte del lenguaje cotidiano, especialmente a partir de que el cambio climático global, una de sus manifestaciones más visibles, ya es de dominio común, y los efectos de la crisis económica y social, unida al desmantelamiento parcial del impropriamente denominado "estado del bienestar" han inundado los noticieros cotidianos.

Desde las ciencias, las humanidades, las artes plásticas, la música, sin hablar de otras facetas culturales marginales, cada una con su lenguaje propio, proliferan las reacciones o tomas de posición ante las tendencias que configuran la crisis actual, sobretodo ante los aspectos destructivos de la civilización en la que nos ha tocado vivir, como se evidencia por el desarrollo de las tecnologías que han puesto en riesgo la supervivencia de la humanidad. La conciencia de formar parte de una civilización que ha fabricado y acumulado arsenales capaces de aniquilar prácticamente la biosfera es un hecho sin precedentes en la historia de la humanidad. Se comprende que surjan imágenes apocalípticas por todas partes, desde los modelos cibernéticos a los juegos infantiles digitales, pasando por el arte de vanguardia, difundido por las redes sociales, hasta llegar a las sectas milenaristas y fanáticas.

La denominada 'conciencia global', es decir, la capacidad de tener una visión de conjunto, no sólo cualitativa sino cada vez mejor cuantificada de los grandes fenómenos que la acción humana provoca a escala planetaria y las tendencias que han desencadenado, es otro fenómeno de gran relevancia. En efecto, dichas tendencias se han ido conociendo de forma cada vez más completa y desde inicios

de los años noventa del siglo pasado (podríamos tomar como fecha emblemática la de la Cumbre de la Tierra de 1992) la existencia de la crisis ecológica global terminó por ser aceptada por la comunidad científica internacional, aunque gran parte de nuestra sociedad lo ignora.

El mismo año de la Cumbre de la Tierra se hizo público el manifiesto crítico más importante que la comunidad científica emitió en el siglo veinte, aunque la censura no permitió que tuviera la difusión que merecía. Firmado por más de 1700 científicos de primera línea, entre los que se contaba la práctica totalidad de premios Nobel de ciencias, así como los presidentes de las organizaciones científicas más prestigiosas del mundo, con el título solemne de 'Aviso a la Humanidad', advertía que *"los seres humanos y el mundo natural se encuentran en una carrera abocada a la colisión. Las actividades humanas infligen daños severos y a menudo irreversibles al medio ambiente y a recursos de importancia crítica. Si no se modifican, muchas prácticas actuales crean un grave riesgo para el futuro que deseamos (...) y pueden llegar a alterar el mundo viviente hasta un punto que sea incapaz de sostener vida en la forma que hoy conocemos. Urgen cambios fundamentales si queremos evitar la colisión que nuestra carrera actual producirá". (...) "Es preciso un gran cambio en nuestra administración de la tierra y de la vida y queremos evitar una inmensa miseria humana y que nuestro hogar global en este Planeta sea irreparablemente mutilado"*.

Es significativo que el aviso solemne de la élite científica mundial no sólo apelaba a las autoridades políticas y a los líderes sociales, sino también a las autoridades religiosas. De todas formas, la gran novedad del Aviso a la Humanidad no radicaba en el mensaje, ni en los destinatarios, sino en el mensajero. En efecto, desde los inicios de la revolución científica, la ciencia moderna, y la tecnología que ha engendrado, habían mantenido la promesa de un futuro mejor gracias a los avances tecnológicos continuados, cada vez más espectaculares. En la nueva ideología del 'progreso' que se configuró adrede, 'el paraíso' ya no se encontraba en un origen intemporal, como afirman muchas tradiciones espirituales, sino en un futuro, por lo se quería acelerar para poder llegar a él lo antes posible. El progreso se definió en clave exclusivamente material, mientras gran parte de la humanidad quedaba deslumbrada por los logros que proporcionan las nuevas tecnologías, ignorando sus efectos colaterales o acumulativos deletéreos.

Actualmente, cuando la crisis ecológica y humanitaria ha alcanzado proporciones globales, se empieza a tomar dolorosamente conciencia del reverso de la medalla. La comunidad científica abandonó gradualmente el ingenuo optimismo tecnocrático y reiteró que "son precisos cambios fundamentales", que van más allá de la ingeniería ambiental o social, de las soluciones técnicas, si se quiere evitar el colapso ecológico. El concepto de "colapso ecológico" se ha adentrado no sólo en obras especializadas, sino también en congresos científicos internacionales y, finalmente, en obras divulgativas. Se ha ido consolidando una línea de pensamiento, cada vez más respetada, que subiendo el tono admonitorio, ya se plantea los retos de la gestión del colapso ecológico. Jeffrey Sachs, director del Proyecto Milenio de la ONU (la evaluación más completa que se ha realizado hasta la fecha sobre la salud de los ecosistemas del Planeta), cuando presentó los resultados de la evaluación a la ONU, afirmó que "la ignorancia, las prioridades erróneas y la indiferencia estaban llevando el mundo directamente por el camino del desastre". En palabras del filósofo de las religiones y de la ciencia Huston Smith, el positivismo reduccionista ha tocado fondo. Sin embargo, falta mucho para que esta consciencia, a la que se vinculan algunos de los cambios espectaculares que han ocurrido en algunas de las ciencias punta, especialmente la física cuántica y la neurofisiología, incidan en otras ramas de la ciencia, y provoquen el cambio del paradigma científico para llegue a modificar la

mentalidad colectiva. Porque la mayor parte de la sociedad, así como sus dirigentes, continúan con la visión simplista del universo que la física mecánica postulaba tres siglos atrás y de la economía neoclásica de principios del siglo pasado, que aún se aferrada a los postulados de un crecimiento económico continuado que es literalmente inviable y lógicamente absurdo.

La Cumbre de la Tierra, celebrada en Río de Janeiro en 1992, fue un hito histórico. Con participación de 178 estados, fue el encuentro más amplio y representativo realizado para tratar los problemas de nuestro hogar común, la Tierra. Este hecho, unido a los intensos trabajos preparatorios realizados los años anteriores, despertó una gran expectación y catalizó documentos de gran alcance. Sus resultados más destacados fueron la Declaración de Río, la Alianza Global para el Medio Ambiente y el Desarrollo, la Agenda 21, el Convenio Marco sobre el Cambio Climático y el Convenio sobre la Diversidad Biológica. En todos ellos se reconocía claramente la necesidad de revertir las tendencias insostenibles si se quería configurar un futuro esperanzador para la humanidad.

Cuando diez años más tarde se celebró en Johannesburgo la segunda Cumbre de la Tierra, los puntos de acuerdo fueron menos y de menor entidad que los adoptados en Río diez años antes. Si en algo se coincidió, fue en que, a nivel global, en la década transcurrida, habían aumentado el hambre y la miseria, los genocidios (físicos y culturales), el exterminio de especies, la desertización, el cambio climático, las migraciones y los refugiados, las desigualdades, la bipolarización entre unos pocos ricos -cada vez más ricos- y una mayoría de pobres -cada vez más pobres-, la segregación, etc. En resumen, todas las tendencias que en la Cumbre de Río se habían identificado como indeseadas, no sólo continuaron sin disminuir, sino que en muchos casos empeoraron. Es cierto que el crecimiento económico mundial nunca había sido tan grande como en el decenio anterior, pero ello no había podido impedir que los indicadores de sostenibilidad más decisivos siguieran empeorando.

¿Qué caracteriza, pues, la crisis ecológica global? Un conjunto de procesos de crecimiento exponencial, a escala planetaria, que interactúan entre sí de formas complejas, difícilmente predecibles, con sinergias que producen efectos de alcance igualmente planetario, muchas de ellas irreversibles, que ya desbordan los sistemas de autorregulación homeostática de la biosfera. Estos sistemas, al mantenerse dentro de unos umbrales determinados en equilibrio dinámico, sostienen las condiciones físicas que hacen posible este hecho tan prodigioso que es la vida humana en este Planeta.

¿Y cuáles son estos procesos exponenciales? A continuación se apuntan algunos de los más importantes, con disculpas anticipadas por la cantidad de cifras que siguen, inevitables, para caracterizar cuantitativamente las afirmaciones anteriores:

Los cambios acaecidos de Río a Río +20

En los veinte años transcurridos entre la cumbre de Río y la de Río+20 la población mundial aumentó un 26 % de manera que ya supera los 7.000 millones y sigue creciendo. Al mismo tiempo, la proporción de población urbana creció un 45%, superando por vez primera la mitad de la humanidad. El número de megápolis (ciudades superiores a 10 millones) aumentó un 110%, apareciendo una nueva cada dos años. Aunque los habitantes de chabolas suburbanas (*favelas*, *bidonvilles*, *shanty towns*) se redujeron un 13%, han aumentado en términos absolutos, superando ya los 830 millones de personas. La extracción de materiales de construcción aumentó un 80% en estos veinte años, mientras que la extracción de minerales crecía un 60%.

También aumentaron un 13% las pesquerías oceánicas esquiladas, mientras que las pesquerías sobreexplotadas crecían un 33 %, lo que explica que el consumo de pescado de piscifactorías aumentase un 260 %. El famoso *peak-oil* se alcanzó el año 2005, y a partir de entonces la producción de barriles de petróleo empezó su declive, con el resultado de que los precios de los hidrocarburos han ido en aumento continuamente. La esperanza de vida superior a 65 años ha crecido un 16%. El consumo de carne y pescado aumentó, respectivamente un 26% y un 32%

Durante el mismo período, el nivel global del mar aumentó 5 cm, mientras que la acidez del agua oceánica aumentó su pH 0,05 unidades. La extensión del máximo anual del hielo ártico se ha reducido un 35%, en estos veinte años, alcanzando los mínimos históricos en 2007 y 2011. Estos fenómenos se relacionan con el aumento del 36% de la emisión de gases invernadero, causante de un incremento del 9% de la proporción de CO₂ atmosférico. La temperatura media global aumentó 0,4 ° C, con un rango comprendido entre 0,1° y 3,2 ° de temperaturas medias anuales, según la latitud, alcanzando los valores máximos cerca de los polos. Durante estas dos décadas siguió creciendo exponencialmente la extensión de los desiertos, en todos los climas, vinculada a sobre-pastoreo o deforestación masiva de zonas colindantes.

La destrucción a ritmo exponencial de los mejores suelos agrarios, sea por alteración física, como la pavimentación, sea por intensificación, sobre-explotación, erosión, salinización, etc. se intensificó, por lo que la superficie disponible de tierras de cultivo per cápita siguió cayendo. El declive de la producción agrícola per cápita también disminuyó, y al no mejorar la distribución de los alimentos, aumentó el número de personas que padecen hambre, que ha alcanzado ya los 1.500 millones. La proporción de tierras irrigadas se ha mantenido, globalmente, pero ha empezado a caer regionalmente, y se prevé que caiga globalmente a medida que se agoten los acuíferos no renovables de los que depende. En efecto, la explotación insostenible de muchos acuíferos unida a la contaminación de otros muchos, sea por salinización en las áreas costeras, o por exceso de nutrientes y pesticidas en áreas de agricultura intensiva, hace que aumente de forma sostenida el número de personas privadas de agua potable, que ya roza los 1.200 millones.

La destrucción exponencial e irreversible de las selvas tropicales, las áreas con mayor riqueza biológica del Planeta reviste una gravedad especial. Si prosigue el ritmo de tala actual (unos 17 millones de ha/año) en 35 años se habrían destruido casi todas. Asociada con ella, ha proseguido el ritmo exponencial de aniquilación de especies, que no se ha podido frenar, como pedía el Convenio de la Biodiversidad. Aunque la ciencia moderna estima que conoce tan sólo un 10% de las especies del mundo, extrapolaciones basadas en densidades han permitido estimar que entre 20.000-300.000 especies fueron aniquiladas anualmente (la incertidumbre existente, un orden de magnitud, refleja el limitado conocimiento que se tiene de la biodiversidad). Actualmente se consideran en peligro o amenazados de extinción: el 34% de las especies de peces, el 25% de los anfibios, el 20% de los reptiles, el 25% de los mamíferos y el 11% de los pájaros. El Índice del Planeta Vivo (un macro-indicador de la biodiversidad global, que refleja el seguimiento de las tendencias de 2.500 especies vertebradas indicadoras seleccionadas) muestra un declive global del 12 % en estos veinte años. Si las tendencias actuales perduran hasta finales de siglo, es previsible el exterminio de aproximadamente la mitad de las especies de la Tierra. Resulta imposible predecir qué alteraciones del funcionamiento de los ecosistemas globales acarrearán una hecatombe biológica de esta magnitud, aunque sí sabemos que de su estabilidad depende nuestra existencia terrena.

Las sinergias con el cambio climático global pueden acelerar la extinción de especies

que no puedan adaptarse o desplazarse. Los cambios climáticos que puede generar el aumento de una temperatura media global superior a los 2° son muy graves, según afirma el Panel Intergubernamental del Cambio Climático (2006), y las consecuencias ecológicas y ambientales también, aunque se cree que los impactos sociales que desencadenará serán superiores.

En el ámbito social en las dos décadas pasadas se ha producido un incremento exponencial de desastres naturales, que son resultado en parte del cambio climático y en parte de la ocupación creciente de zonas vulnerables, debido a la presión demográfica. Han aumentado significativamente los conflictos militares para asegurar el control de recursos clave, especialmente hidrocarburos y agua potable. Y correlativamente han crecido las inversiones en ejércitos y armamentos, sin hablar de los refugios nucleares, que reflejan la expansión de pulsiones destructivas y evasivas a gran escala. La otra cara de la moneda ha sido la reducción del poder político de los gobiernos democráticos que ha pasado, con una velocidad asombrosa, a manos de poderes fácticos -la plutocracia- y la disminución de la libertad informativa y de comunicación significativa, es decir la que transmite conocimientos, no aluviones de datos ininteligibles o inconexos.

Se podrían describir más tendencias globales, pero las expuestas creo que son suficientes. En palabras de la Carta de la Tierra (ONU, 2000): *“Estamos en un momento crítico de la historia: o creamos una sociedad global para cuidar la Tierra y cuidarnos unos a otros, o nos arriesgamos a destruirnos nosotros mismos y destruir la diversidad de la vida”*. Una organización tan poco proclive al catastrofismo como es la Academia Nacional de Ciencias de EE.UU. ya lo resumió en 1992 con esta frase lapidaria *"en esencia estamos conduciendo un experimento fuera de control con el Planeta"*.

Si sobre el diagnóstico existen pocas dudas, en cuanto al pronóstico existen muchas discrepancias y muy amplias. Los fenómenos clave de la biosfera, por no decir los sociales, están condicionados por innumerables factores, a los que se vinculan muchas incertidumbres, de las cuales hay muchas que hay que considerar irreductibles, tanto debido a la complejidad intrínseca de los fenómenos en cuestión, como a las casi inimaginables interacciones que se dan, o se pueden dar, entre todos ellos. En cualquier caso, la naturaleza y sus procesos tienen sus propias leyes, que no podemos modificar, y a las que no podemos engañar.

Una característica de las tendencias exponenciales en las que estamos inmersos es que crean problemas radicalmente nuevos, no sólo difíciles de prever sino incluso de imaginar. En otras palabras, el futuro cada vez se parece menos al pasado. Los acontecimientos sorprenden incluso a los que se dedican profesionalmente a hacer previsiones, sean en el ámbito meteorológico, social, político o religioso. Las respuestas que han suscitado las tendencias negativas planetarias nuevas, han sido siempre reactivas, es decir casi nunca han sido capaces de anticipar y prevenir los problemas más importantes, y se han dirigido a combatir los síntomas -los impactos o las presiones- más que las causas subyacentes o impulsoras. No es de extrañar que hayan sido poco efectivas.

Durante los años siguientes a la Cumbre de Río de Janeiro, el despliegue de políticas ambientales internacionales se aceleró. En veinte años se consiguió aprobar una docena de convenios o protocolos internacionales, que cubrían temas muy importantes, desde la prevención de la contaminación marina por vertidos, o el comercio internacional de especies de flora y fauna en peligro, hasta la protección de la capa de ozono. Todos estos instrumentos fueron gestados a través de unas

negociaciones difíciles; su proceso de ratificación, para que entraran en vigor, fue muy lento, con una media cercana a 10 años; su aplicación se queda en un nivel bastante bajo y desigual, según los países. Por lo tanto aunque siempre persiguen el bien global, la aplicación de estos convenios presenta serios problemas de equidad, tanto dentro de nuestra generación, como respecto a las generaciones que nos sucederán. No obstante, a pesar de todos los inconvenientes y limitaciones que tienen, se siguen impulsando porque no se ven otras alternativas ante la soberanía de los estados y la influencia de los poderes fácticos sobre ellos, cada vez más explícita y atrozadora.

El ejemplo de la capa de ozono lo muestra claramente. En el año 1974 se descubrió que los clorofluorocarbonos (usados en los sistemas de refrigeración, aire acondicionado y sprays), eran los principales culpables de la destrucción de la capa de ozono, que nos protege de las radiaciones ultravioletas del sol. Diez años más tarde, se demostró científicamente con mediciones realizadas en la Antártida, se empezó a hablar del "agujero de ozono" y se alertó de las consecuencias que podía tener. En 1987 se firmó el Protocolo de Montreal que obligaba a reducir gradualmente estas sustancias, hasta su eliminación en el año 2000. Como existían productos de sustitución económicos, la mayoría de países ratificaron y cumplieron el Protocolo, por lo que se le considera uno de los grandes logros de la política ambiental internacional, aunque pasaron casi 30 años desde el descubrimiento científico hasta la prohibición definitiva. Mientras tanto, una cantidad ingente de moléculas de clorofluorocarbonos que fueron emitidas permanecerá en la estratosfera, donde seguirá destruyendo la capa de ozono durante un siglo -porque esta es su vida media- lo que causará, entre otros efectos nocivos, un fuerte aumento de la incidencia de cánceres de piel en aquellos que estén más expuestos, mientras que la recuperación de la capa de ozono no se prevé que se empiece a notar hasta el año 2050.

Otro aspecto que hay que abordar es el de la responsabilidad que nosotros tenemos en los procesos que configuran la crisis ecológica global. Se estima que el 20% de la humanidad, del cual nosotros formamos parte, consume el 80% de los recursos planetarios, mientras que al 80% restante le queda sólo el 20%. Ello explica la gran proporción de población que vive en la pobreza o incluso en la miseria. España, a pesar de la dura crisis económica en la que está sumida, y la creciente proporción de su población que vive bajo el umbral de la pobreza, sigue formando parte de la OCDE, el pequeño grupo de países ricos. Las reglas comerciales, económicas y políticas que han impuesto los países ricos a la distribución de los recursos no permiten mejorar la equidad, ni intra-generacional ni inter-generacional, sino todo lo contrario, fomentan las desigualdades. Un mundo donde unos pocos países ricos se afanan para alargar la vida humana y curar, con técnicas de altísimo costo, las enfermedades degenerativas provocadas por sus excesos, indiferentes a los sufrimientos de los seres humanos de otros países que no tienen cubiertas las necesidades más básicas para sobrevivir, no puede esperar tener un futuro pacífico ni armónico.

Las causas múltiples de la crisis ecológica

Todos los que hemos estudiado ciencias sabemos que las tendencias exponenciales dentro de un ámbito finito no pueden perdurar, sino que tarde o temprano acabarán colisionando contra los límites del ámbito. Todo organismo viviente crece hasta una dimensión óptima, en la que detiene su crecimiento, más allá del cual, si no se detuviera, se convertiría en un monstruo. El "crecimiento por el crecimiento", como bien se ha dicho, es la ideología de la célula del cáncer. Sin embargo, esta ideología

es parte constitutiva de uno de los grandes ídolos de nuestro tiempo, "el progreso", un concepto ajeno a la humanidad hasta no hace mucho y que mucha gente admite con una fe tan ciega, que parece tabú cuestionar seriamente su sentido. En la civilización industrial moderna, la patología del crecimiento material sostenido ha desencadenado unos procesos globalmente insostenibles, que están colisionando ya, de forma cada vez más estridente, con los límites de los equilibrios homeostáticos de los sistemas naturales del Planeta. La crisis ecológica global ha puesto de manifiesto que el tipo de desarrollo que ha promovido Occidente no es un modelo digno de ser emulado. Sus excesos no pueden ser ningún referente creíble para los países eufemísticamente llamados subdesarrollados, no sólo porque es ética y moralmente injusto -como bien se ha dicho- sino por un motivo más elemental aún: no hay suficientes recursos en el Planeta para que pueda ser adoptado ni siquiera por un tercio de la humanidad.

La envergadura de los problemas globales es tan grande que puede abrumar, hacer caer en la parálisis del fatalismo o la desesperanza. El arte nihilista contemporáneo, que se recrea con la oscuridad, la sordidez y el absurdo, lo refleja de mil modos, hasta el punto de que, a veces, uno puede llegar a olvidar que no se trata de fatalidades cósmicas, sino de resultados de acciones humanas, de los efectos acumulativos de una multitud de acciones que aún siendo inconscientes, ignorantes, irresponsables, son decisiones humanas, en definitiva. Por lo tanto, para hacerle frente parece que, una vez reconocido el problema, el siguiente paso es entender las causas.

Una crisis de magnitud planetaria debe tener, necesariamente, causas múltiples, de gran entidad y alcance, que se pueden analizar desde diversos ángulos: físico, social, filosófico o espiritual. Han sido muchos y preclaros los científicos, filósofos y teólogos, de diversas culturas y religiones, que han dilucidado las razones de la crisis global, cada uno desde su perspectiva. En lo que todos coinciden es que las raíces de la crisis son profundas, puesto que configuran la base de la cosmovisión moderna que la ha generado. Para quienes consideramos que existe una jerarquía de niveles de realidad, las causas más profundas deben ser, en última instancia, espirituales.

Como ha señalado Huston Smith, los antecedentes filosóficos de esta crisis se remontan al antropocentrismo renacentista y se desarrollan en Europa occidental a partir de la revolución científica e industrial durante los siglos XVII y XVIII, cuyas dinámicas desencadenaron, primero en Europa, seguidamente en sus colonias, y, finalmente, a nivel global, a medida que se ha ido occidentalizando el mundo, todo este conjunto de procesos exponenciales, sin precedentes históricos, cuyo efecto sinérgico ha desencadenado la crisis medioambiental global.

En consecuencia, la causa de este proceso no pudo ser el cristianismo, sino más bien lo contrario, a saber, un declive espiritual en la Europa occidental que permitió el triunfo del positivismo materialista, reduccionista, llegando a limitar el concepto de realidad a su dimensión tangible y mensurable. Así se estimuló, hasta unos extremos que nuestros antepasado no habrían podido imaginar, la ambición humana a satisfacer deseos materiales, incesantemente estimulados por una propaganda que promueve, sistemáticamente y con unos medios extraordinariamente efectivos, unos valores contrarios a los que habían dado sentido a la vida humana, ignorando no sólo los derechos de otros pueblos o culturas, sino también los derechos de los que aún no han nacido, sin hablar del derecho a existir que tienen el resto de especies con las que compartimos este bello Planeta.

La enseñanza de las grandes tradiciones espirituales de la humanidad

A pesar de lo que pueda parecer en la Europa tan secularizada en la que vivimos, la religión sigue teniendo una influencia importante en el conjunto de la humanidad. Se estima que más del 80% de la población mundial está vinculada a alguna religión o tradición espiritual. Y una gran parte del 20% restante se considera espiritual, sin ser religiosa.

Como ha expuesto S. Hossein Nasr, todas las religiones y tradiciones espirituales del mundo consideran el cosmos dotado de valor espiritual, santo o sagrado. En efecto, todas ellas contienen una cosmología, a saber, un relato sobre el origen del cosmos, más o menos explícito, y una moral, con normas y consejos para relacionarnos de forma virtuosa no sólo con nuestros semejantes, sino con el resto de seres de la Creación.

En las tradiciones espirituales indígenas de origen ahistórico o mitológico se llama a la Naturaleza de modos muy diversos: Madre Tierra, Madre de todos, Madre que lo hace todo posible, Abuela venerable, Seno vivificante, Comunidad de todos los seres visibles e invisibles, etc.... unos conceptos que suscitan deberes filiales y generan actitudes de profundo respeto, que perduran de generación en generación. Del concepto de Naturaleza, Creación, Cosmos, Hermana o Madre Tierra... se desprenden valores intrínsecos, sagrados, vínculos profundos que relacionan las comunidades con su entorno natural, en la maravilla, la contemplación, la meditación, la oración, la veneración y la visión.

Todas las cosmologías y ciencias tradicionales conocidas proclaman que existen múltiples niveles de realidad; que los niveles de realidad están jerarquizados entre sí, como lo están internamente; que el nivel corpóreo es el nivel más 'bajo' o 'inferior'; y que los niveles inferiores reflejan o manifiestan a los superiores. Dicha jerarquía queda formulada de manera sintética y poética en la escritura sagrada taoísta, con las siguientes palabras: El hombre sigue la Ley de la Tierra; la Tierra sigue la Ley del Cielo; el Cielo sigue la Ley del Tao, el Tao sigue su propia Ley (Tao-te-King, XXV). Y afirman que no es posible estar en paz en la Tierra sin estarlo con el Cielo.

Para todos los que estamos interesados en la sostenibilidad, los sistemas de gobernanza tradicionales, que siguen funcionando después de siglos o milenios de existencia, tienen mucho que enseñarnos. La resiliencia siempre es un indicador de adecuación a la realidad. Las democracias tradicionales, los gobiernos comunitarios o de ancianos, las teocracias, etc., se caracterizan por unos procesos de toma de decisión lentos, largamente meditados, a menudo consensuados; por una aversión al cambio y a la prisa y por un respeto profundo a todo el cosmos. La sinceridad, la memoria y la coherencia son siempre esenciales. Se fundamentan en la sabiduría, la consciencia y la responsabilidad de los gobernantes, de manera que el énfasis está en los deberes respecto uno mismo y el prójimo, especialmente respecto a los más vulnerables y necesitados. Los valores fundamentales son venerados, y perduran porque son encarnados y transmitidos solemnemente de generación en generación.

A continuación expondré, de forma muy sucinta, algunas de las principales enseñanzas medioambientales del hinduismo, budismo, cristianismo e islam, enfatizando los principios que comparten, aunque sea con lenguajes distintos.

Hinduismo

Según la ley eterna (*Satyana Dharma*) hindú, la Creación (*Prâkriti*) es sagrada. La humanidad no tiene ningún derecho a destruir lo que no puede crear. El Espíritu

divino (*Atman*) se encuentra en todos los seres, no sólo en los humanos. Por ello, Dios es venerado en y a través de innumerables manifestaciones de la naturaleza: bosques, animales, plantas, montañas, fuentes, ríos, etc. El ideal de vida preconizado es una vida simple y austera, en comunidades autosuficientes (*swadeshi*) y no violentas (*ahimsa*), orientadas al bienestar de todos (*sarvodaya*) mediante el servicio desinteresado del prójimo. La ignorancia se considera que es la raíz de todo sufrimiento y error. La ley de las acciones y reacciones concordantes (*karma*) enfatiza la responsabilidad para con toda la Creación. El remedio está en aferrarse a la Verdad, a la fuerza de la Verdad-Realidad (*satyagraha*). A hacer el bien desinteresadamente. La Tradición comprende todos los aspectos de la existencia humana.

Budismo

El punto de partida de la filosofía budista es el carácter universal del sufrimiento y los medios correctos para liberarse del mismo, lo que da una importancia esencial al principio de la compasión universal, que prescribe evitar causar sufrimiento a ningún ser viviente. El progreso espiritual se asocia a la ausencia de egoísmo y la consciencia plena en todos los actos de la vida. La dicha se alcanza cuando se procura la felicidad del prójimo. La Naturaleza se entiende como maestra, como fuerza espiritual y también como forma de vida. El ideal es una vida simple, en plena armonía con todos los seres vivos. Entre los numerosos preceptos budistas relativos a la naturaleza, cabe destacar los Cuatro Nobles Estados: la fuerza de amistad profunda para con toda vida (*metta*); la compasión activa ante todo sufrimiento (*karuna*); el gozo espiritual ante la felicidad y alegría de los demás seres (*mudita*); y la ecuanimidad y firmeza en las circunstancias difíciles o penosas (*upekkha*). Por otra parte, el principio de la transmigración, que comparte con el hinduismo, refuerza, aún más, los vínculos de respeto para con todos los seres vivientes. La armonía con la naturaleza se concibe siempre de una manera fluida y dinámica, a partir de la complementariedad compensatoria de los dos polos del cosmos (*Ying-Yang*, Activo-Pasivo o Masculino-Femenino). La ciencia tradicional del *Feng-Shui* ha desarrollado innumerables aplicaciones para alcanzar o conservar la armonía con la naturaleza, en todos los ambientes y todas las escalas, desde la ordenación territorial hasta el diseño del hogar.

Cristianismo

Entre los grandes temas propios de la tradición bíblica cabe destacar los siguientes: Dios (YWHY, el Eterno) es el autor de una Creación íntegra, bella y buena; la Creación y todas sus criaturas pertenecen al Creador; todas las criaturas tienen valor intrínseco y son queridas por Dios; toda la Creación alaba al Creador; el ser humano, imagen de Dios, es parte de la Creación; el origen humano está en el paraíso, la caída y el castigo se produce al eludir el amor de Dios; la responsabilidad de custodiar, la gratitud por los dones recibidos; el deber humano de repoblar/completar/consagrar la Creación.

El cuerpo humano proviene de la tierra. Por eso, el término hombre (*homo*), comparte la misma raíz que humus y humildad. Es verdad que en el Libro del Génesis Dios da al hombre 'dominio' sobre la naturaleza. Pero, ¿qué significa *râdah* —el término hebreo original— para las pequeñas comunidades ganaderas semi-nómadas que vivían en territorios áridos que recibieron esta revelación? Muchos exegetas opinan que hoy habría que traducirlo por custodia. Por otra parte, en el mismo libro, Dios afirma que ha puesto al hombre en el Jardín para que lo cuide y trabaje. El verbo *âbad*, que se traduce habitualmente por trabajar, tiene la misma raíz del verbo servir.

Por tanto, se preconiza una relación de custodia con la naturaleza, vinculada al trabajo servicial, que implica una responsabilidad moral inequívoca, y por lo tanto deberes. El Libro del Deuteronomio, por ejemplo, prescribe muchas buenas prácticas agrícolas, ganaderas, etc.

La enseñanza sobre la naturaleza en la tradición cristiana es mucho más rica de lo que se supone, como muestran las cuatro citas siguientes: San Irineo de Lyon: “*El primer paso para el conocimiento de Dios es la contemplación de la Naturaleza*”. San Juan Damasceno: “*la Naturaleza es el icono viviente del rostro de Dios*”. San Bernardo: “*Escucha un hombre de experiencia: los árboles y las rocas te enseñarán más que cualquier magister*”. Y para San Francisco de Asís, que hablaba con los pájaros y los lobos, la vida humana debe ser un canto de alabanza a Dios “*por la hermana nuestra madre Tierra, la cual nos sostiene y gobierna*”.

Todas las iglesias cristianas consideran que la Creación, obra divina, está dotada de valor espiritual, y que no puede haber remedio de la crisis ecológica sin una reconciliación profunda con la Naturaleza, es decir, sin recuperar, restablecer y vivificar una relación virtuosa, saludable, con la Creación. La Iglesia católica es, quizás, la que lo ha formulado con más contundencia, instando a la “conversión ecológica”, una conversión que debería basarse en las cuatro virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza, que mantienen su plena vigencia. Cabe recordar que dichas virtudes no son equivalentes, sino que están jerarquizadas y que la prudencia se relaciona con el principio de precaución, que es el primer principio de la sostenibilidad, y el más olvidado.

Islam

La doctrina medioambiental del islam se puede resumir en los siguientes enunciados: Dios (*Allah*) ha creado todas las cosas en la debida proporción y equilibrio, tanto en cantidad como en calidad. La Tierra y todo lo que contiene pertenece a Dios, no a los hombres. La naturaleza primordial (*fitrah*) de todos los seres vivos es alabar o glorificar a Dios. Los animales viven en comunidades (*umma*), a semejanza de los seres humanos, y todos al final tendrán su retorno hacia su Señor. El objetivo supremo de la vía islámica (*shari'a*) en relación con la protección del medio ambiente es el bien común universal de todos los seres creados, tanto en el presente como en el futuro. Porque Dios no ha creado nada en vano, sin sabiduría, sin valor ni propósito. Según un *hadith* (palabra del Profeta Mahoma): “*Los seres creados son los servidores de Dios, y la criatura más querida de Dios es la que sirve trabajando sólo para el bien común de todos*”.

Las virtudes fundamentales respecto a la Creación se pueden resumir en cuatro: actitud de reverencia (*taqwa*); compasión (*rahmat*); obras benéficas (*insân*) y responsabilidad de administración responsable o custodia (*khalîfa*). Todos los seres vivientes realizan el papel que tienen asignado por el Creador, para el beneficio máximo de unos a otros. La relación entre el ser humano y el universo se puede resumir en tres dimensiones:

- La meditación, reflexión y contemplación de las maravillas y signos del universo.
- El uso sostenible, para el beneficio humano y la satisfacción de sus necesidades.
- La custodia y generosidad: las buenas obras no se deben limitar al beneficio de nuestro prójimo, sino que se deben extender a todos los seres creados.

El hombre es el vicario (*khalifah*) de Dios en el mundo, y recibió la responsabilidad de la custodia de la Tierra. No es un propietario, ni potentado que hace lo que quiere, sino que debe seguir las leyes de Dios. A los hombres se les permite gestionar la Tierra, ciertamente, pero siempre según los propósitos del Creador, lo que implica

que utilizarla para beneficio propio nunca debe ir en detrimento del resto de seres creados. Según un dicho (*hadith*) del Profeta Mahoma: *“Hay una recompensa para cada obra buena hecha a cualquier ser viviente”*. A semejanza del hinduismo, el islam abarca todas las dimensiones de la existencia humana; no deja nada al César.

Según la revelación coránica, *‘Un demonio rebelde que Dios ha maldito ha tenido la insolencia de decir al Señor ‘cogeré una parte determinada de tus servidores, los extraviaré, les inspiraré vanas esperanzas, y les ordenaré alterar la Creación del Señor’ (4: 17-19) y en otro lugar advierte a la humanidad: ‘No extendáis la corrupción en la Tierra, después de que ha sido tan bien ordenada’ (7:56)*

Concluyendo

Existe consenso científico de que vivimos en una época crítica a nivel global y que, a diferencia de otras crisis anteriores, ésta es una crisis de civilización, que afecta a la mayor parte de la humanidad, de una manera u otra, porque la globalización de la industrialización ha acentuado las interdependencias y reciprocidades. A finales del segundo milenio, por primera vez en la historia, la huella ecológica de la humanidad superó la capacidad de carga del Planeta (Global Footprint Network, 2004), de modo que, mientras no cambien de signo las tendencias de crecimiento exponencial en las que estamos inmersos, la humanidad y el planeta, en su conjunto, devienen inexorablemente más pobres, menos diversos y más vulnerables.

Desde la perspectiva bíblica, que reconoce que toda la creación es "muy buena" y que todos los seres vivientes son "entrañablemente queridos" por su Creador, la destrucción o contaminación de la naturaleza equivale a una profanación. La Tierra ha pasado de ser la "hermana y madre", en palabras de San Francisco de Asís, a un simple recurso natural que se compra y vende, en un sistema obsesionado en maximizar beneficios materiales, sin escrúpulos hacia nuestros contemporáneos menos favorecidos e ignorando los derechos de nuestros descendientes. La expansión de la fe materialista que el único hogar de la humanidad es esta Tierra ha desencadenado, paradójicamente, esta carrera autodestructiva acelerada; evidencia patente de su inadecuación a la realidad.

Visto desde el ángulo de la praxis, hacer frente a errores de esta magnitud requiere cambios muy profundos, que la Iglesia ha sintetizado en la diáfana expresión de 'conversión ecológica'. Porque el peso de la responsabilidad recae en los países ricos, tecnológicamente avanzados, del impropriamente llamado "primer mundo", que consumimos el 80% de los recursos del Planeta. Y puesto que estos errores han sido inducidos por una visión trunca de la realidad, no queda otra solución que esforzarse para recuperar una visión integral de la Naturaleza para hacerle frente. Por tanto, los retos principales que tiene esta civilización insostenible reclaman superar la trágica escisión entre el corazón -en el sentido bíblico del término- y la mente, como ya Pascal recordaba oponiéndose al racionalismo cartesiano, restableciendo así el lugar que corresponde a los principios espirituales y éticos universales, que suministran los valores más profundos y estables de la humanidad, y poner la creatividad, la técnica y la imaginación a su servicio, recuperando el orden normal de los valores, que las tendencias de los últimos tiempos han invertido.

Poco antes de su muerte, en 2003, el gran ecólogo Ramon Margalef declaró: *“Yo pienso que un cierto éxito, o al menos una cierta paz interior en relación con estos problemas, pide ver la naturaleza con reverencia o con espíritu religioso (...). Ahora*

quizás esto se lleva poco pero creo que debe estar en la base de una ética de conservación que mueva a la sociedad".

¿Qué significa recuperar una visión religiosa de la naturaleza, actualmente? Considero que implica, entre otras cosas, enfrentarse a las pretensiones monopolísticas de la mentalidad materialista y relativista, cuyas limitaciones, especialmente en cuanto a la falta de valores y la incapacidad de dar sentido a la existencia, han propiciado el desarrollo de la crisis ambiental global. Todas las grandes religiones de la humanidad enseñan que una relación sabia hacia la naturaleza se basa en el respeto, el amor, la compasión, la frugalidad, y, en el fondo, el sentido de lo sagrado. En palabras de la Carta de la Tierra de la ONU (2000): *"Necesitamos aprender a vivir con reverencia ante el misterio del Ser, con gratitud por el regalo de la Vida y con humildad respecto al lugar que ocupa el ser humano en la naturaleza"*

Para la universidad cristiana, esto implica dar testimonio de coherencia en todos sus actos, desarrollando las consecuencias que se desprenden de las virtudes en relación con la Creación en todas las facetas de su metabolismo y también en sus programas docentes. Es decir, la universidad debería examinar cómo es su comportamiento ambiental, en el consumo, los residuos y emisiones, y debería analizar, con todo el rigor debido, cómo la enseñanza que imparte, tanto en el plano material como espiritual, respeta el mundo material al que pertenece y que la hace posible, aunque lo trascienda. Y a continuación, debería adoptar, con firmeza, todas las medidas que la conversión ecológica impone en cada caso. Porque no hay piedra de toque superior al testimonio de coherencia entre lo que se piensa, lo que se dice y lo que se hace.

Para terminar no he podido encontrar mejores palabras que las de la Declaración conjunta que hicieron Juan Pablo II y Bartolomé I (Venecia-Roma, 2002): *El problema no es simplemente económico y tecnológico; es espiritual y moral. Una solución económica y tecnológica sólo podrá encontrarse si emprendemos, de la forma más radical, un cambio interior de corazón, que lleve a un cambio de estilo de vida y un cambio de los patrones insostenibles de consumo y producción. No es demasiado tarde. El mundo de Dios tiene unos poderes de curación increíbles. En una sola generación podemos conducir la Tierra hacia el futuro de nuestros hijos. Que esta generación empiece ahora, con la bendición de Dios".*